XX

Marcelo Laugier, temblando de emocion, reconoció desde lejos á la señora de la Tour du Roy, é hizo un brusco movimiento para levantarse y correr á su encuentro.

Lazarine le detuvo con un gesto, que equivalia á la órden de permanecer sentado é inmóvil.

Marcelo la obedeció.

La marquesa habia cambiado su traje de montar, poniéndose uno enteramente negro de irreprochable sencillez.

No llevaba sombrero; un velo de encaje rodeaba su cabeza como una mantilla andaluza, y este tocado imprimia un verdadero sello de originalidad en sus adorables facciones, mas páiidas que de ordinario.

Los largos rizos de su cabellera, escapándose por debajo del velo, flotaban sobre sus hombros despidiendo reflejos de oro. Nunca la habia encontrado Marcelo tan hermosa.

Lazarine avanzó con paso lento, y como una mujer que anda á la aventura, sin objeto premeditado.

De cuando en cuando detenia aún mas su andar, y se volvia aparentemente para soltar el vestido, que quedaba enganchado en algun zarzal, pero en realidad para cerciorarse de que la soledad era completa.

Pasó por fin el tronco del *Pátriarca*, se detuvo detras de Marcelo y adoptó la actitud de una mujer que examina con interés el trabajo de un artista.

—Continuad pintando, ó por lo menos figurad que lo haceis—dijo.—De este modo podremos hablar, y si alguno nos viese de lejos, lo cual es poco probable, pareceré tan solo una curiosa y no me veré comprometida.

—Obedezco—replicó el ex-oficial.—¿Pero por qué, querida Lazarine, temeis tanto comprometeros en el campo, cuando en Paris no retrocedíais ante ningun género de pasos por imprudentes que fueran?

—Aquí no es lo mismo. Los provincianos lo observan y comentan todo, se maravillan por todo, mientras que en Paris está uno aislado, y por decirlo así, perdido entre la multitud indiferente.

—En cualquier parte que se encuentra la marquesa de la Tour du Roy se le vé, y el

mundo se ocupa de ella—respondió Marcelo,—y prueba de ello es que una carta anónima (vos me la habeis escrito) ha venido á preveniros que estais vigilada y que se os espía.

—¿Habeis venido aquí para discutir?—dijo Lazarine sin poder ocultar su indignacion.

—De ningun modo..—dijo el jóven con calor.—Estoy aquí para deciros que os amo, y para oíros decir que me amais tambien.

—Ni el sitio ni el momento me parecen bien elegidos para un diálogo de este género—dijo la marquesa con un tinte de ironia mal disimulada que no escapó á la perspicacia del oficial, por mas que no le sorprendiera, acostumbrado como ya se hallaba á las genialidades de la señora de la Tour du Roy.

—Pues bien, adorada mia—respondió sonriendo,—indicadme el sitio y la hora donde podamos reanudar juntos este dúo de amor interrumpido hace tanto tiempo.

Colocada Lazarine tras de Marcelo, podia dejar manifestarse muy á las claras en su actitud y en sus facciones, los sentimientos que le dominaban, y así es que se encogió desdeñosamente de hombros.

—Ya hablaremos de eso—dijo,—pero ante todo quiero renovaros mi desagrado con motivo de vuestro absurdo duelo.....

—Ya os tengo dicho que no podia evitarle.

—Así me lo habeis escrito, pero no lo he creido.

—Nada, sin embargo, es mas cierto; fuí provocado sin motivo alguno, sin que mediase el mas ligero pretexto, y provocado de una manera muy grave. ¿Podria acaso retroceder? A la menor vacilacion de mi parte hubiérais experimentado el mas completo desprecio hácia mí, y con razon.

—Segun eso, toda la culpa fué de vuestro adversario.

—Toda, absolutamente toda, desde el principio hasta el fin. Estoy seguro de que no me engaño afirmándolo así, por mas que sea un mal juez en propia causa.

—Siendo esto así, el jóven hijo adoptivo de Godefroy es indigno de todo interés—exclamó la marquesa.—¿Como. pues (y de ello tengo la prueba por una carta de mi padre que he recibido hoy), como, pues, repito. que paseis la vida metido en casa de ese principejo? Anteayer estábais aún allí, á pesar de mi ruego de que no viéseis á nadie en Paris antes de vuestra marcha.

Marcelo Laugier enrojeció como un hombre cogido en falta.

—El señor Leroux se equivoca—balbuceó.

—¿Acusais á mi padre de embustero?—murmuró Lazarine.

—No es esa mi intencion.... pero.....

—No hay pero que valga—interrumpió la jóven.—La verdad es una.... ¿Estábais anteayer en casa del príncipe de Castel-Vivant? Esto es lo que os pregunto, ni mas ni menos.

—Efectivamente estaba, lo confieso.

—¡Ah! ¡lo veis!—dijo Lazarine con aire de triunfo.

—Solo—replicó Marcelo—que el señor Leroux no os ha enterado de lo que él mismo ignoraba. Esta visita no era sino de pura etiqueta, puesto que se trataba de dejar una tarjeta en casa de mi adversario.... Todo el mundo os dirá que un caballero no podria obrar de otro modo.... El jóven príncipe, deseando verme, habia dado órden de que se me introdujera si me presentaba.... ¿Podia negarme á acceder al deseo del herido?.... Esta vez no.... Y ciertamente no me pesa haber seguido al criado que me trasmitió el deseo de su amo, porque el príncipe de Castel-Vivant es un jóven muy simpático, y á quien me he alegrado tratar.

—Para ser amigo vuestro, segun parece—dijo Lazarine con ironia,—basta con provocaros sin ton ni son y conduciros al terreno de las armas. ¡Ah, poder de lógica masculina! ¿y qué os dijo ese jóven tan encantador?

—Nada que merezca repetirse. Hablamos de cosas insignificantes.

—¿Y para solo cosas insignificantes se permitió molestaros? No deja de ser esto muy inverosímil.

—Y sin embargo nada hay mas cierto.

—Mi nombre por lo menos no se pronunciaria en esa entrevista.

—¿Tendré necesidad de jurároslo?

—Nó, no jureis; quiero creeros, y os perdono de haberme desobedecido, una vez que vuestra desobediencia fué involuntaria.

Lazarine guardó silencio por espacio de algunos segundos, á fin de dejar tiempo á Marcelo para saborear la indulgencia de que habia querido darle pruebas, y en seguida repuso:

—Muy poco le ha faltado para que vuestro viaje no haya sido del todo inútil.

—¿Pues como?—preguntó el ex-húsar algo inquieto.

—Por una razon muy sencilla. He reflexionado que al escribiros que viniérais, habia cometido la simpleza mas grande del mundo, teniendo en cuenta que me era imposible ir á veros á la posada de *El Caballo blanco*, donde todo el mundo me conoce; imposible tampoco el recibiros en el castillo, donde os reconoceria Domingo; y por último, que hablando con vos en medio del campo ó en el fondo de un bos-

que, como lo hago ahora, corria el riesgo de comprometerme de un modo irreparable.

Marcelo no pudo contener un gesto de impaciencia, que produjo el aplastar contra el lienzo que pintaba el pincel que tenia en la mano, haciendo aparecer una gran mancha verde muy pronunciada en el diseño de el *Patriarca*.

—¿Qué teneis?—dijo Lazarine.—¿Qué es lo que os dá?

—¿Creeis que pueda oíros decir con sangre fria que os comprometeis—replicó el jóven,—y sobre todo que os comprometeis irreparablemente? Realizar el más querido de mis deseos; consentid en ser mi mujer, y la maledicencia tendrá que callarse.

Si en el momento de pronunciar estas palabras hubiera podido ver Marcelo la fisonomia de Lazarine, hubiese temido; tan grande era la fria expresion de cólera y de profundo desprecio que aparecia en su rostro, y tan amenazador el relámpago de ódio que brilló en sus ojos.

No obstante la violencia de su amor, cuya natural consecuencia era una completa ceguedad, no hubiera sido necesario mas que destruir de un golpe sus mas acendradas ilusiones.

Pero ya hemos dicho que se hallaba vuelto de espalda á la marquesa.

—Decididamente teneis la manía del matrimonio—dijo ésta con una risa forzada,—pero por lo menos ahora no se trata de eso; ya hablaremos de ello en mejor ocasion.

—Sea—dijo Marcelo.—pero suprimid entonces vuestro temor de comprometeros.

—Por lo pronto hablad mas bajo, mi querido amigo; y puesto que ese temor os preocupa, y la casualidad, que os proteje, me ha enviado en el momento en que menos podia creer poder arreglar este asunto, proporcionándome un medio para ello.

—¿De veras?—dijo con viveza el jóven.

—Sí.

—¿Y cual es este medio?

—Tomad vuestro lápiz y escribid en un extremo de vuestro lienzo estas dos palabras: "Casa Bréchu."

—Ya está; pero no comprendo.....

—Ya comprendereis despues. Recoged vuestros avios, volved á la posada de *El Caballo blanco*, meteos una centena de luises en vuestro portamonedas y decid á un chico cualquiera que os conduzca á la casa Bréchu.

—¿Y qué es eso de casa Bréchu?

—Un castillo de carton que os hará morir de risa. Un castillo feudal pintado á la ligera, y que se encuentra en la entrada del bosque á un cuarto de hora de aquí todo lo mas.

—Y una vez en el castillo de carton ¿qué haré?

—Le direis á la heredera del difunto Bréchu que os han dado muy buenos informes de su propiedad; la apreciareis como buen conocedor, y por último, la alquilareis por tres meses mediante la enorme suma de nueve luises, pagados por adelantado; y en cuanto á ropa y bateria de cocina, lo arreglareis allá con la tia Pethiviers como mejor os parezca.

—Os escucho estupefacto—murmuró Marcelo,—y hasta estoy tentado de creer que os burlais de mí; ¿qué es lo que voy á hacer yo con ese castillo Bréchu de sesenta francos mensuales?

—Os instalareis en él desde esta noche.

—¿Solo?

—Completamente solo, puesto que precisamente el aislamiento que le rodea es lo que le hace inapreciable para nosotros. El posadero de *El Caballo blanco*, os enviará la comida dos veces al dia.... Por último, hareis que el cerrajero del pueblo os confeccione una llave que me remitireis.

—¿Pero os servireis de ella?

—Necia pregunta, amigo mio; si no hiciera uso de ella, no os la pediria.... De cuando en cuando, hácia las once ó á media noche, y cuando reine la oscuridad mas profunda, oireis el

ruido de una llave en la cerradura.... luego el crugir de un vestido.... y una mujer que entrará, y que seré yo.

—¿Pero esto es un sueño?—murmuró el jóven.—Un hermoso sueño, pero al fin sueño.

—¿Como así?—dijo Lazarine.

—Estoy bien seguro que no os atreveis á cruzar en medio de la noche el parque desierto y parte de la selva para uniros á mí.

—Os equivocais, querido. Soy muy valiente. El país es tranquilo, y llevaré ademas en el bolsillo un pequeño revólver, con el que no temeré á nadie.

—Si tal hiciéreis—balbuceó Marcelo, presa de súbita emocion,—me volvereis loco de felicidad.

—A fé de Lazarine lo haré como digo.

—¿Pronto?

—En cuanto tenga la llave.

—La tendreis mañana.

XXI

Las cosas se hicieron tal como la marquesa deseaba.